



Lo más significativo fue la actitud, el derroche de valor y de coraje de los combatientes

Segunda parte de la entrevista realizada al General de División (r) José Ramón Fernández por Magali García Moré

ESTANDO FIDEL todavía en La Habana, yo le había pedido autorización para trasladar a Pálpite mi puesto de mando. No accedió. Debía mantener mi posición en el central Australia, me dijo, porque el teléfono instalado en la oficina del administrador era el único medio de comunicación con La Habana desde una zona donde, teniendo en cuenta las distancias y los medios disponibles, el servicio de mensajeros no resultaba rápido ni seguro. Pero sobre las 17:00 horas el Comandante me indicó que moviera a Pálpite mi puesto de mando.

De inmediato me dispuse a cumplir la orden y pedí al oficial que me acompañaba, teniente José Martínez González, que recogiera los mapas y se preparara para acompañarme. Fidel expresó entonces que los mapas se quedarían allí, con el oficial que trabajaba con ellos, y que el que se iba era yo.

Un poco antes del oscurecer llegó Fidel a Pálpite. Permanecería allí durante un tiempo bastante prolongado, no obstante la preocupación de todos por su vida y el reiterado pedido de que se marchara y su consiguiente disgusto, como ha sucedido otras veces en situaciones similares, haciendo valer su derecho de estar allí.

Hizo un análisis completo de la situación y tomó determinaciones sobre las fuerzas en general. Ordenó que el Batallón 111 al mando del comandante Luis R. Borges Alducín, avanzara por la dirección Pálpite-Soplillar, tomar a Cayo Ramona y continuar hacia Helechal, a fin de cortar en ese punto la carretera San Blas-Girón y evitar que los mercenarios que se encontraban en San Blas, pudieran retirarse hacia Girón o recibieran refuerzo de Girón, quedando así separados de su fuerza principal.

Las doce de la noche era la hora que nos habíamos prefijado para iniciar el avance sobre las posiciones enemigas en Playa Larga. Era necesario emplazar, ajustar las piezas, determinar las distancias, alistar las municiones para la preparación artillera que antecedería el avance.

Ordené que los cañones 85 hicieran disparos esporádicos y que los morteros 120, situados a cuatro kilómetros de las posiciones enemigas, dispararan sobre ellas. Recibíamos fuego de artillería desde Playa Larga y el jefe de los morteros no respondía. Tenía objeciones sobre su lugar de emplazamiento, por tener el terreno solo una ligera capa de tierra sobre la roca, lo que podía dañar el sistema de amortiguación de las piezas al disparar. Como no pude convencerlo, tuve que conminarlo a que disparara. Lo hizo y esperé con ansiedad oír la explosión de las granadas de los 120, que pesan 16,4 kg. (36 libras). Silencio. Como no escuché a ninguno de los proyectiles explotar, volví a dirigirme al jefe de la batería. Era ya de noche y lo recuerdo farol en mano. Me dijo que era mucha la distancia para



El Comandante en Jefe, acompañado por Fernández, el Comandante Flavio Bravo (detrás, vestido de miliciano), y otros compañeros. FOTOS: ARCHIVO

que se escucharan. No me convenció, pues yo sabía que no era así.

Quise revisar entonces las espoletas y descubrí que estaban disparando sin ellas. Era como tirarle piedras al enemigo. Si algunas de aquellas granadas le acertaba en la cabeza a un mercenario, lo mataba; pero en caso contrario no haría efecto alguno.

En definitiva, en medio de decenas de incidentes como ese, de falta de preparación, de inexperiencias de todo tipo, se trabajó arduamente desde el oscurecer hasta la medianoche.

Con estos relatos se ilustra con qué falta de dominio de la técnica combatieron las fuerzas revolucionarias que derrotaron a los mercenarios en Playa Girón.

Los artilleros, al igual que los artilleros antiaéreos, no superaban los conocimientos más elementales y aún así estaban mucho mejor preparados que los tanquistas, que apenas sabían disparar los cañones de sus tanques. Los morteristas disparaban sin

haber colocado ni graduado la espoleta en el proyectil.

Lo más significativo fue la actitud de los combatientes, el derroche de valor y de coraje, fue grande su espíritu de victoria y firme la determinación de derrotar al enemigo. Fue la voluntad de vencer de cada uno de nuestros combatientes la que propició la rápida liquidación del enemigo. Todos defendiendo con valentía, tesón y arrojo una Revolución que sabían ya socialista, poniendo la vida en juego por ella y por la soberanía de la Patria.

A LAS 24 HORAS DEL DÍA 17

El movimiento desde nuestra ubicación para atacar Playa Larga comenzó a las 24:00 horas del día 17. La Columna 1 Especial de Combate del Ejército Rebelde, bajo el mando del capitán Harold Ferrer Martínez, marchaba en el segundo escalón detrás de la Escuela de Responsables de Milicias y los bazuqueros, una fuerza que equivalía aproximadamente a una compañía armada con bazucas, que avanzó también sin desplegarse y con distancias y espacios reducidísimos ya que en el ancho de avance no había más de 20-25 metros, lo que significa que realmente no había despliegue.

Las tropas se mezclaron durante la ofensiva. Como jefe, estaba consciente de las complejidades de un ataque nocturno, y mucho más consciente aún de las dificultades de una tropa poco preparada para ese tipo de acción combativa, apenas sin experiencia o sin ninguna experiencia y que se aprestaba a com-

batir de noche, pero era necesario hacerlo. Había que liquidar la invasión con toda rapidez y así justamente lo demandaba el compañero Fidel.

Pasaba de una preocupación a otra. Con esa poca preparación que poseían los jefes y las tropas y en esas condiciones tenía el mando de una agrupación mixta de fuerzas.

La presencia física de Fidel, o saber que seguía cada acción, resultaba decisiva.

Eran muchos los asuntos a atender. Solo disponía de aquel teléfono que enlazaba con La Habana y que ahora en Pálpite me quedaba a decenas de kilómetros de distancia, mientras que con los jefes de batallones solo podía comunicarme por mensajes manuscritos o verbales.

Avanzó nuestra fuerza y llegó a las posiciones que físicamente ocupaban los mercenarios en Playa Larga. El enemigo esperó hasta el último momento para romper el fuego. Un fuego concentrado, infernal. Tronaban los cañones de los tan-